

SOBRE EL ESTADO DE LA NACIÓN LITERARIA

José Agustín Goytisolo

El año de la muerte del general Franco no es una fecha de arranque válida para efectuar una valoración correcta del proceso cultural en la España de hoy. Mucho antes, a mediados de la década de los sesenta, el mundo de la cultura, a remolque de la crisis económica, política y social, abandonaba viejas posiciones y se abría a nuevos planteamientos éticos y estéticos.

Todo, todo anuncia el cambio, no la ruptura que un sector de la oposición vaticinó: el nombramiento de Juan Carlos como futuro sucesor, a título de rey; los escándalos económicos, con el enfrentamiento entre tecnócratas y viejos falangistas; la quiebra del sindicalismo vertical; el renacimiento de las nacionalidades; la agitación universitaria; la llamada crisis de la familia; el vuelo espectacular del almirante Carrero Blanco...

Pero también la oposición cultural estaba cambiando. Las nuevas generaciones que asomaban al campo de la novela, observaron la crisis de la narrativa, que había sido antes sacudida en sus planteamientos sociales por la obra de Luis Martín Santos y que se encontraba reducida casi al silencio tras la aparición de los primeros libros de los novelistas del boom, y se lanzaron a la aventura de un narrar diferente, de producir para el gusto y para el consumo, de divertir por divertir. Todo esto hubiese estado bien si un rigor estético, como en el caso de Vargas Llosa, de García Márquez,

4283

de Cortázar o de Lezama Lima, hubiese acompañado la aventura de los novísimos, pero no ocurrió así. Se abominó del realismo para caer en el verbalismo, se escribió a remolque de las modas más efímeras -novela erótica, novela feminista, novela policiaca, novela "de aventuras"- sin cuidar ni el estilo, ni la construcción de la obra, ni su acabado. Una literatura, en fin, al alcance de todos, no de todos los lectores, claro, sino de todos los aspirantes a escritor con cierta osadía y sin escrúpulos estéticos, que fueron muchos.

Curiosamente, esta nueva forma de acercarse a una obra de creación coincidió con el nacimiento de un nuevo tipo de periodismo y de crítica literaria que ha experimentado, después de la muerte del dictador y hasta nuestros días, un enorme auge. Un periodismo vacuo, vestido de desenfado y falsa osadía, que tutea al lucero del alba, que se hace a chorro, sin pensar más que en el escándalo, en el chismorreo o en la pobre copia, al hispánico modo, de novedades fugacísimas, de nuevos filósofos, de viejos trapos y oropeles, de amor por los tiempos idos, por los "felices" cuarenta o por el argot del momento. La represión mentalidad del lector español aceptó este tipo de escritos como una reacción a lo viejo, tanto de la derecha como de la izquierda. Y era lógico que así sucediese, pues los planteamientos de la intelligentsia antifranquista habían quedado, en buena parte, anticuados. En realidad, lo estuvieron siempre.

Pero el fenómeno resultó fenomenal: la nueva novela no la han hecho los novísimos, sino los viejos. Despues de unos años

428C

Gor 9727(3)

de silencio, escritores como Juan Marsé, García Hortelano, Juan Benet, Caballero Bonald, Fernández Santos o Juan y Luis Goytiso-
lo, son los que están escribiendo ~~hoy~~ novelas de auténtica calidad
literaria. Liberados de los planteamientos y normativas de un
realismo cerrado y chato, provinciano ~~las más~~ veces, los viejos
nuevos demuestran que el oficio de escribir no se puede impro-
visar, que una obra literaria no debe aspirar a ser flor de un
día o de una moda pasajera, sino que requiere dedicación, pu-
limiento y buenas maneras. Estos novelistas han evidenciado algo
que en los años de la transición muchos aspirantes a escritores
habían olvidado: que artista es el que puede, no el que quiere.

La poesía actuó, en cierto modo, como una rótula que hizo
bascular a la prosa hacia las posiciones que hoy ocupa. Los
planteamientos del realismo social no incidieron en ella de
un modo tan aplastante como lo hicieron con la novela. Escrito-
res como Jaime Gil de Biedma, José Angel Valente, Carlos Barral,
Angel González, Claudio Rodríguez y algún otro, que eran ya cono-
cidos como la avanzadilla de los años cincuenta, derivaron hacia
un proceso de cuidada lenguaje, elaboración del poeta, practicando una forma depu-
rada y humanista de poesía de la experiencia. De poco sirvió a ciertos
poetas novísimos intentar el parricidio normal en cada nueva
promoción de escritores, pues se equivocaron de arma al hacer
alardes de un formalismo hueco, casi de un neo-parnasianismo
crepuscular y violáceo, porque ni ellos eran los poetas del Dux,
ni sus predecesores se dejaron engañar por la precipitada ostensi-
tación de gualdrapas y atardeceres llameantes junto al Gran Canal,

4289

GW

las costas de Itaca o los bosques de Brandenburg. Es más, la depuración del verso, el carácter narrativo de muchos poemas de los escritores del llamado grupo poético de los años cincuenta, su temática coloquial, la difícil sencillez y la inmediata comunicación que conseguían entre autor y lector, han incidido en los novelistas en el sentido de mostrarles que no se trataba de hacer literatura experimental, sino experimentada, pues los experimentos quedan en el taller o en la mesa del escritor y no en las estanterías de una biblioteca. No es extraño así que entre los poetas que hoy se leen ocupen un lugar destacado los viejos novísimos citados, a los que se podrían añadir los nombres de Manuel Vázquez Montalbán -cuya faceta de escritor en verso es la más valiosa-, Guillermo Carnero, Carlos Sahagún, Jaime Siles, Fernando Quiñones y Antonio Colinas.

El teatro no acaba de salir de la postración en la que se encuentra desde hace casi cincuenta años. Salvados de la total catástrofe los nombres de Buero Vallejo y Alfonso Sastre, lo más novedoso lo han dado Francisco Nieva y Antonio Gala. Pero Valle-Inclán sigue siendo el autor más moderno del teatro castellano, pese a las funanbulescas arremetidas de Arrabal.

En el campo del ensayo han destacado Agustín García Calvo y Fernando Savater, por encima de una multitud de nuevos críticos y nuevos filósofos, y sigue siendo joven José Luis López Aranguren, con todos los pronunciamientos a su favor.

En este repaso a la cultura en castellano de los últimos años, debe volverse a insistir en el papel del periodismo, pues

428E

Wh

5

ha sido el que, queriéndolo o no, ha ocupado en parte el lugar de la literatura, ejerciendo un magisterio confuso, cambiante, falsamente manierista, en el río revuelto de la apertura, de la transición y del desasosiego. Se ha hipervalorado el papel de los medios de comunicación de tal modo que, al caer la censura, pareció que cualquiera podía aspirar a periodista mediante la fórmula del escándalo, la gracia o el canallismo divinizado. En los primeros tiempos el cóctel funcionó, pero se ha llegado hoy a un cansancio en autores y lectores, y la gente vuelve a buscar las firmas de siempre: Vázquez Montalbán, Francisco Umbral o Luis Carandell.